

Un perfil...

Recordar es luchar.

Insistir, persistir, resistir y nunca desistir

Camilo Correa Ortiz*

Presentado: julio 3 de 2017 - Aprobado: agosto 20 de 2017



Foto: Cortesía Colaboratorio de Investigación Formativa:
Universidad Autónoma Latinoamericana. 2016

* Estudiante de octavo semestre de Derecho, integrante del semillero de DDHH y sus mecanismos de protección, coordinado por el Doctor Elkin Eduardo Gallego. Correo electrónico: camilo.correaor@unaula.edu.co.

La Resolución 24/87 de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, con fecha del 16 de septiembre de 1988, declara la responsabilidad del Estado colombiano por la violación del derecho a la libertad y el derecho a la vida (artículos 7 y 4, respectivamente, de la Convención Interamericana de Derechos Humanos), en el caso de Luis Fernando Lalinde Lalinde, el hijo de doña Fabiola.

La dolorosa historia de los Lalinde la conocí en la clase de Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario, así como en el semillero de investigación que coordina el profesor Elkin Eduardo Gallego Giraldo. Así, pude comprender (si es que se puede hablar de comprensión) lo que dice doña Fabiola: “La versión oficial no coincide con el hecho real. El hecho real lo contamos las víctimas”.

A doña Fabiola, el Ejército Nacional le desapareció a su amado hijo, los militares lo torturaron, insultaron, asesinaron y, además, quisieron hacerle creer que Luis Fernando era alias Jacinto, un guerrillero que había sido muerto en combate.

Pero como si fuera poco, a doña Fabiola le montaron un falso positivo judicial. Una mañana, cuando salió de misa, encontró su casa rodeada de policías, vecinos curiosos, murmullos y miradas inquisidoras. Los uniformados entraron a la habitación de Luis Fernando y allí depositaron dos kilos de cocaína. Obviamente, con ese escándalo, al ser mostrada como la líder de la narcoguerrilla de Antioquia, la señora Lalinde quedaba sin prestigio ni apoyo frente al proceso que estaba llevando ante organismos internacionales, para que se condenara al Estado colombiano por la detención, desaparición y asesinato del estudiante de Sociología de la Universidad Autónoma Latinoamericana.

Presa en la cárcel El Buen Pastor, doña Fabiola pudo haberse sentido derrotada, haber tirado la toalla en la búsqueda de la verdad sobre la desaparición de Luis Fernando. Sin embargo, por el contrario, el centro penitenciario fue la oportunidad para fortalecerse, para aprender a resistir. Entonces, al comprobarse su inocencia, doña Fabiola recobró su libertad y el ahínco para luchar.

No fueron días fáciles los que vivió la señora Lalinde: se sentía sola, pues no solo le desaparecieron a su hijo, sino que fue asesinado, en 1987, el médico y defensor de los derechos humanos, Héctor Abad Gómez, quien le había ayudado a denunciar el crimen contra su hijo, como consta en la columna del periódico El Mundo del 29 de diciembre de 1984:

EL MUNDO Medellín, Sábado 29 de Diciembre de 1984

¿En dónde tienen a Luis Fernando Lalinde?

Tropas de la XIII Brigada del ejército colombiano capturaron en la vereda Verdún del municipio del El Jardín, Antioquia, el tres de octubre de este año —según declaraciones de campesinos de tal vereda ante miembros de las comisiones de Diálogo y Verificación nombradas por el Señor Presidente de la República y ante hermanos del detenido— al sociólogo medellinense de la Universidad Autónoma Latinoamericana, señor Fernando Lalinde. Según las mismas declaraciones de los campesinos —testigos presenciales de tales hechos— el señor Lalinde fue detenido en la madrugada, colgado a la viga de una pesbrera, amarrado a un árbol a la vera de un camino rural, pateado y maltratado, y después subido a un vehículo del ejército que lo condujo hacia un lugar para ellos desconocido.

Desde ese día, la señora madre de Luis Fernando, angustiada y desesperada, viene sufriendo el mismo viacrucis de las madres y abuelas de la Plaza de Mayo: denuncia ante la Comité de Defensa de los Derechos Humanos; llamadas telefónicas sin respuesta ante los comandantes de la IV y VIII Brigada; llamadas ante los gobernadores de Antioquia y Caldas; visitas a los señores ministros y viceministros de Gobierno; visita al señor Procurador General de la Nación; visita al Señor Procurador Delegado de las fuerzas armadas; viajes al Jardín, a Riosucio, a Manizales, a Bogotá; telegrama al Señor Presidente de la República... pero Luis Fernando sigue... DESAPARECIDO.

Durante la tercera reunión plenaria de la Comisión de Diálogo Nacional, quien esto escribe pregunta al doctor John Agudelo Ríos si él sabe algo del señor Lalinde: vagas respuestas.

Un representante del E.P.L. ante la misma Comisión asegura que, "de fuentes que no puede revelar" sabe con seguridad que Luis Fernando está vivo y en algún cuartel del ejército colombiano.

Durante una reciente reunión en el despacho del señor gobernador de Antioquia de numerosos miembros de las comisiones de Verificación y Diálogo y ante el doctor Antonio Duque Alvarez, Oscar William Calvo asegura que uno de dos detenidos en las respectivas enfermerías de la IV y VIII Brigadas del Ejército, es el señor Lalinde. Pero pasan los días y Luis Fernando no aparece. Su madre y hermanos no pierden la esperanza de hallarlo vivo. Se teme que aparezca después en algún "cementerio clandestino", como los que recientemente han aparecido en el Caquetá. Continúa la tragedia entre sus familiares y amigos. Su caso se va desvaneciendo entre los trescientos o más casos de los desaparecidos en Colombia...

¿Hasta cuándo? ¿Hasta que sean mil, o dos mil, o tres mil, o treinta mil, como en la Argentina y Guatemala? ¿Hasta que haya que nombrar una Comisión Sábado para descubrirlos? ¿Hasta que le ganemos el campeonato de desapariciones al Uruguay o a Chile? ¿Hasta que la sensibilidad nacional o mundial se pierda y aceptemos estos hechos como "naturales"? ¿Hasta que tengamos que formar asociaciones de familiares y amigos de los desaparecidos que recorran semanalmente nuestras calles y plazas? ¿Hasta que "desaparezcan" a los que protestan por las desapariciones? ¿Hasta cuándo, por Dios, señor presidente?

 **Héctor Abad Gómez**

Tomado de: <http://comunicaciones.acantioquia.org/especialbodasdeplomo2.html>

El padre de la salud pública en Colombia fue asesinado un 25 de agosto en el centro de Medellín, al igual que Leonardo Betancur Taborda y Luis Felipe Vélez Herrera. Todos ellos, activistas, solidarios, hombres justos que querían reconciliación y equidad.

Los días del horror hicieron que la impunidad campeara en esta ciudad. En la terrible década del ochenta también fueron ultimados Édison Castaño Ortega, Carlos López Bedoya, José Abad Sánchez, José Ignacio Londoño, John Jairo Villa Peláez, José Ignacio Uribe Londoño, Gustavo Franco Marín, Rodrigo Guzmán, Orlando Castañeda Sánchez, Marina Ramírez, Francisco Gaviria y Luis Fernando Vélez Vélez.

Para doña Fabiola este contexto era desolador. La desazón se convirtió en el acompañante de su aflicción, pero nunca se rindió. Todos los días buscaba pistas que la llevaran al reencuentro más anhelado.

Le escribía cartas al Presidente de la República, al comandante del Ejército, a abogados, y a cuanta persona se encontraba le contaba del delito contra su hijo. Así fue como empezó su *Operación Sirirí*, es decir la estrategia que creó para visibilizar el

caso de Luis Fernando. Inspirada en el ave que persigue a los gallinazos cuando estos raptan a sus crías, doña Fabiola decidió ir detrás de quienes causaron la aterradora desaparición. Mediante esa operación, doña Fabiola insistió, persistió, resistió y no desistió. Fue esa tenacidad, fue lo aprendido de Jesús María Valle, ese “aquí estamos y estaremos siempre en el fragor de la lucha o en clamor de la muerte”, lo que hizo que doña Fabiola encontrara a Luis Fernando. O por lo menos lo que el horror militar dejó de Luis Fernando, pues en una caja de cartón, le entregaron sesenta y nueve huesos de quien, hasta casi el último instante, las autoridades aseguraron que era Jacinto, el guerrillero. Solamente la persistencia de doña Fabiola logró que se efectuara la prueba de ADN que evidenció la verdad: Luis Fernando no era un combatiente de la guerrilla (aunque sí un militante ideológico del partido Comunista Marxista Leninista). El trágico 3 de octubre de 1984 estaba en una labor humanitaria que consistía en auxiliar a un subversivo que había sido herido en combates con el Ejército, cuando justamente se estaba en un alto al fuego entre las dos partes.

Los 4.428 días de angustias, los ocho años de dolor de madre terminaron en 1992, pero la indignación perdura, aunque el perdón posibilita buena parte de la superación del terror.

Con doña Fabiola se aprende sobre justicia y se entiende sobre resiliencia. Ella es inspiradora, transparente e incansable. Si algo aprendió la señora Lalinde fue lo que dijo el doctor Héctor Abad Gómez: “El Estado no ve sino comunistas y peligrosos opositores en cualquier persona inquieta o pensante”.

En Unaula honramos la memoria de Luis Fernando Lalinde

Durante el primer semestre del año 2017, asistí al acto simbólico en el que UNAULA le asignaba a uno de sus salones el nombre Luis Fernando Lalinde Lalinde.

En el evento participó el señor Rector de la universidad, José Rodrigo Flórez Ruiz; la Vicerrectora Administrativa, Carmen Alicia Úsuga Castaño; el Vicerrector de Investigaciones, Salim Chalela Naffah; el presidente del Consejo Superior, Joaquín Guillermo Borja; el Decano de la Facultad de Derecho, Ramón Elejalde Arbeláez, entre otros administrativos unaulistas. En el desarrollo del acto de conmemoración, una de las asistentes, con lágrimas en sus ojos y la voz resquebrajada, narraba cómo conoció a doña Fabiola, el suceso de la desaparición de Luis Fernando y el sufrimiento padecido por esta madre. Todos estábamos conmovidos, pero cuando habló doña Fabiola, quise abrazarla y decirle cuánto la admiraba.

Camilo Correa Ortiz

“Ustedes no saben lo que esto significa para mí” fue la primera frase que pronunció doña Fabiola ese día. Su rostro estaba lleno de alegría y satisfacción, porque la universidad en la que su hijo había estudiado y obtenido el grado póstumo, por disposición del Consejo Superior, le hacía un reconocimiento a su lucha y a la memoria de su hijo. “Este año se cumplen treinta y tres años de la desaparición y muerte de Luis Fernando, y la universidad siempre, durante todo este tiempo, me ha respaldado”, dijo.

Cada una de sus palabras me hacía quererla más. Nos dejó claro que a Luis Fernando lo mató “el odio y la ambición de poder, de tener el protagonismo”, y la reflexión que nos deja se sintetiza en las últimas palabras que pronunció: “Colombia, un país inmensamente rico, pero mal administrado. Paraíso de corruptos”.

Anexos



Foto: Periódico *El Mundo*, agosto 27 de 1987



Foto: Cortesía Fabiola Lalinde

Un perfil...Recordar es luchar. Insistir, persistir, resistir y nunca desistir



Fabiola Lalinde en la Universidad Autónoma Latinoamericana, septiembre de 2016